HARLEQUIN®

Bianca®



Dos mundos

Helen Brooks

Dos mundos

Helen Brooks



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Hermosilla, 21
28001 Madrid

© 2005 Helen Brooks. Todos los derechos reservados.
DOS MUNDOS, Nº 1646 - julio 2010
Título original: The Millionaire's Prospective Wife
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.
Publicada en español en 2006

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.
Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.
® Harlequin, logotipo Harlequin y Bianca son marcas registradas por Harlequin Books S.A.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-671-8862-6
Editor responsable: Luis Pugni

Capítulo 1

CORY se dio cuenta al instante del error que había cometido al soltar a Rufus de la correa. El poderoso labrador cruzó Hyde Park como alma que lleva el diablo; a su paso las madres rescataban a sus hijos del suelo y las parejas de ancianos se apartaban con una habilidad que creían perdida desde hacía años. Hasta un grupo de jóvenes con los vaqueros rasgados a propósito y con piercings por todo el cuerpo, que antes se dirigían hacia ellos, de repente dejaron de parecer tan modernos, y tuvieron que apartarse entre gritos. A pesar de eso, Cory agradeció su buen humor.

–¿Por qué no le hice caso a mi tía? –se reprochó a sí misma en voz alta mientras corría fatigada detrás del perro, malgastando su valioso aliento en llamarlo cada veinte metros.

Sin embargo, Rufus se había mostrado dócil y servicial durante el paseo por la Calle Bayswater desde la casa de su tía, se había sentado cuando tenía que hacerlo, sin necesidad de decírselo, y guardado el paso como un verdadero perro adiestrado.

–No lo sueltes de la correa, Cory –justo antes de salir por la puerta, su tía, que tenía la pierna escayolada debido a una caída nefasta dos semanas atrás, le había advertido que no lo soltara–. Creo que yo podría confiar en él ahora, pero no sé cómo reaccionaría con otra persona. Es muy cariñoso, desde luego, y adora a los críos y a los otros perros, pero los primeros dueños

lo tuvieron encerrado muchísimo tiempo y lo descuidaron aún más, como ya te conté. ¡Pobre criatura!

«Pobre criatura» no era la frase que ella hubiera usado para describir al perro en esos instantes. Cory estaba preocupada. Sentía los pulmones a punto de explotar y le ardían el pecho y la garganta. Se le ocurrían unos cuantos calificativos, pero el de «pobre criatura» no estaba entre ellos.

Rufus hizo varias paradas relámpago para olfatear esas partes de la anatomía perruna que los perros encuentran tan interesantes. Cory se encontró más cerca de él que nunca desde que empezara la dichosa carrera. Reunió todas sus fuerzas y gritó:

–¡Rufus, no te muevas!

Justo cuando el animal se preparaba para irrumpir en una reunión social con un poodle francés, giró la cabeza dorada y sus ojos marrones parecieron mostrar una expresión de asombro, como si no entendiera por qué ella no se había entregado de lleno a ese maravilloso juego que él había organizado. Cory aprovechó esa oportunidad para gritar:

–¡Ven aquí! ¡No te muevas, Rufus!

Todavía los separaban unos cincuenta metros largos, pero ella era incapaz de seguir corriendo, el dolor del costado se lo impedía. No supo si fue por la violencia de su voz o por el hecho de que había empezado a andar, pero el enorme perro de repente se dio cuenta de que había hecho algo malo. Después de dudar un instante, emprendió su carrera de nuevo, pero esta vez directamente hacia ella, dispuesto a impresionarla con la rapidez de su obediencia. Seguramente no vio la figura alta y bien vestida con la que estaba a punto de cruzarse. Hubo un instante interminable en el que el hombre y el perro se encontraron, pero los cincuenta kilos de músculo canino puro lanzaron a su víctima por los aires.

Un maletín de piel muy bonito salió volando por un lado, la chaqueta del traje que llevaba sobre el hombro por otro, y lo único que Cory pudo hacer fue mirar perpleja y aterrorizada. El hombre aterrizó de espaldas haciendo temblar la tierra y hasta Rufus se dio cuenta de su tremendo error. Daba vueltas alrededor de la figura en el césped y, cuando Cory llegó a su altura, tenía las orejas pegadas a la cara y las mandíbulas lánguidas y temblaba como si estuviera a punto de echarse a llorar.

–Lo siento, lo siento muchísimo –Cory se arrodilló con sus vaqueros ajustados, camiseta rosa y el pelo revuelto, del color del chocolate oscuro–. ¿Se encuentra bien?

El hombre permaneció totalmente quieto un minuto y después tomó aire gruñendo de dolor. Seguramente no era el momento de fijarse en que tenía un cuerpo escultural, que era alto, delgado y su cuerpo musculoso exudaba una virilidad agresiva que le hacía muy sexy. Además, tenía una mata de pelo negro fuera de lo común.

Cory tragó saliva. «Pierce Brosnan, Orlando Bloom, Brad Pitt, no tenéis nada que hacer». Tuvo que volver a tragar saliva otra vez antes de poder decir:

–¿Se ha roto algo?

Unos ojos muy azules se encontraron con los suyos. A pesar de estar en el suelo y de haber perdido el aliento por el golpe, o tal vez por eso mismo, su mirada era letal. Le lanzó una mirada dura que hacía innecesarias las palabras. Cuando Cory intentó ayudarle a incorporarse, él hizo un gesto cortante con la mano que le pareció salvaje. Lamentablemente, Rufus eligió ese momento para pedirle perdón chupándole la mejilla. El hombre se quedó petrificado un instante, pero no dijo nada hasta que se puso de pie.

Era alto. Cory tuvo que mirar hacia arriba después

de incorporarse a su vez. Era muy alto. Y estaba enfadado. Muy enfadado.

–¿Es suyo?

–Lo siento –todavía se sentía afectada por su mirada de hielo y por la expresión pétrea que la boca endurecida daba a su rostro. Y además no pensaba con claridad.

–Esto –él señaló furioso a Rufus–. ¿Es su…? ¡Maldita sea! –dijo interrumpiendo su pregunta inicial–. ¿Qué es lo que mastica?

Oh, no. Por favor, no. Eso no podía estar pasando. Sacó el teléfono móvil de las mandíbulas húmedas de Rufus, pero el daño era irreparable.

–¿Era muy caro? –preguntó en voz baja, aunque ya conocía la respuesta.

El hombre hizo caso omiso de la mano extendida con el teléfono mascado y suspiró profundamente; recogió su maletín y su chaqueta con un gesto de dolor.

–Lo siento –dijo ella–. No debí soltarlo de la correa.

Él hizo un gesto irónico con el entrecejo.

–¡No me diga!

No era muy amable, pero no se le podía culpar por ello. Cory suspiró.

–Pagaré todos los destrozos, claro está –dijo con una pequeña mueca.

Él hizo otro gesto con el ceño.

–¿Tengo que darle las gracias encima? –preguntó con voz suave.

¡Qué individuo tan desagradable! Cory descubrió en ese instante que podía ignorar la belleza de sus ojos azules. No era tanto por lo que decía, sino por la forma tan desagradable de decirlo.

–En absoluto –repuso cortante mientras todo su cuerpo se tensaba–. Sólo intentaba compensarle, nada más.

Rufus se había sentado al lado del hombre como si no la conociera de nada y, convertido en la viva imagen de la docilidad, giraba su gran cabeza hacia ambos mientras hablaban. Cory sintió deseos de estrangularlo. Se dispuso a engancharle la correa y le dijo:

–¡Rufus, ven aquí!

En ese momento, pasó el caniche al que le había echado el ojo antes.

Ella gritó desesperadamente:

–¡Rufus, no! –pero no sirvió de nada y él animal saltó ciego y sordo, guiado sólo por el instinto de sus hormonas.

Sólo había dado unos pasos cuando de repente se oyó un profundo y cortante:

–¡Siéntate! –el perro frenó en seco–. ¡Aquí! –se escuchó otra orden con el mismo éxito.

El perro ejecutó un perfecto giro hasta sentarse en posición de reverencia junto a las piernas del hombre. Una mano masculina con gesto autoritario se tendió para agarrar la correa y Cory se la entregó. Poco después, le devolvía tanto la correa como el perro.

–Gracias –dijo a regañadientes.

–No puede ordenarle con sugerencias –dijo el hombre con frialdad–. Todo depende del tono de voz que use.

–¿Es un experto en perros? –respondió Cory sin pensar.

–No –contestó él casi insultante, mientras dirigía sus ojos azules hacia ella–. Soy experto en hacerme obedecer.

Por alguna razón, ella no lo dudó.

–Le vendría bien dar unas clases de adiestramiento –continuó él con una condescendencia insufrible.

A Cory no se le escapó que se las aconsejaba a ella y no al perro. Y se alegró muchísimo de que tuviera hierba en su pelo perfecto

–No es mío –dijo–. Mi tía lo rescató recientemente de la perrera. Le dijeron que los antiguos dueños lo habían tenido encerrado desde cachorro y que lo alimentaban de vez en cuando. Ella lo lleva a clases de adiestramiento –le resultó maravilloso poder decir la verdad–, pero se ha roto una pierna y yo me he ofrecido a sacarlo de paseo esta mañana.

El hombre apartó su mirada color zafiro de ella y miró al perro dorado.

–¡Pobrecito! –le dijo directamente a Rufus, que meneaba la cola con frenesí.

De repente la miró de nuevo a ella y su voz perdió el tono suave y recuperó la frialdad de antes.

–Por el bien del perro y de cualquiera que pueda cruzarse en su camino, no le quite la correa hasta que su tía se haya recuperado; ¿de acuerdo?

Cory se mordió el labio para reprimirse y no decirle las palabras que le pasaban por la cabeza y contó hasta diez.

–Eso ya lo había pensado.

–Me alegro.

Parecía dispuesto a marcharse, por lo que Cory se apresuró a decirle:

–Su teléfono. Lo que dije antes iba en serio; estoy dispuesta a pagárselo. ¿Quiere mi número de teléfono y mi dirección?

Él frunció el ceño.

–¿Siempre está tan dispuesta a dar sus datos personales a desconocidos?

La aguijoneaba a propósito y ella lo sabía, pero no pudo evitar entrar al trapo.

–No estoy a cargo de un perro que derribe a las personas a diario –le contestó.

Él murmuró algo que ella creía que podía ser «Gracias a Dios», antes de replicar:

–No se preocupe por el teléfono, ¿señorita…?

–James. Cory James –lo miró intensamente con sus ojos de terciopelo marrón, un tono o dos más claros que su pelo–. E insisto en que debo comprarle uno nuevo, ¿señor…?

–Me llamo Nick Morgan y le repito que no se preocupe por el teléfono –se lo quitó de las manos y se lo metió en el bolsillo con gesto desenfadado.

–No puedo permitirlo –entró en juego la veta obstinada de Cory–. Rufus lo ha destrozado y no me sentiré satisfecha hasta que le haya compensado.

La mandíbula cuadrada de él se tensó.

–No es necesario.

–Yo creo que sí.

–¿Siempre es así de…? –vaciló un instante antes de terminar la frase–. ¿Insistente?

Ella estaba segurísima de que no era eso lo que había querido decir.

–Siempre.

–Me proveerán un móvil nuevo en cuanto llegue al trabajo –dijo sin alterarse–. Pero si de verdad siente que tiene que compensarme...

–Así es.

Él sonrió suavemente como si hubiera descubierto algo gracioso. Cory se dio cuenta de que había anticipado su reacción a lo que iba a contestar y estaba disfrutando.

–Necesito a una acompañante para un evento social esta noche, mi acompañante ha tenido que salir de Nueva York sin previo aviso –sus ojos la atravesaron como dos láser–. ¿Le gustaría venir conmigo?

Cory tuvo que recomponerse.

–Lo digo muy en serio. Claro que si ya tiene planes, o un marido o un novio que puedan objetar algo... –dejó que su voz se interrumpiera, pero no dejó de mirarla.

Cory pensó en mentirle, pero decidió que no podía

hacerlo. Porque él se daría cuenta. Por alguna razón, ella sabía sin lugar a dudas que sería capaz de percibir cualquier tipo de mentira sin problemas. Lo miró con seriedad.

–No estoy comprometida –dijo rápidamente–. ¿De qué tipo de evento se trata?

–Cócteles, cena y baile.

No era una explicación suficiente y ambos lo sabían. Cory quería saber más.

Después de unos segundos se había creado entre ellos una tensión que ella calificó de insoportable. Y él dijo:

–Hace poco que me he hecho con una empresa y voy a tener un gesto de buena voluntad con el director general y los socios. No es nada serio, ya sabes. Un evento social en Templegate para llegar a conocernos todos mejor.

–¿Cuántos irán a la fiesta? –preguntó decidida.

–Sólo dieciséis, o quince, desde esta mañana a las ocho –añadió irónicamente–. Por lo visto le han ofrecido un contrato de modelo a mi acompañante que no ha podido rechazar.

«¿Su novia era modelo? Pero qué otra cosa podía ser?», se preguntó Cory mordazmente. Era obvio que era inmensamente rico y, si tenía en cuenta el comentario sobre la empresa, seguramente tenía mucho éxito. Eso, unido a su atractivo, lo convertirían en el soltero de oro del año y manadas de mujeres harían cola para estar con él. Ese último pensamiento la impulsó a indagar.

–Pero seguro que tendrá a alguien que ocupe su lugar.

–¿Debería? –contestó él con gracia.

–¿Entonces no tiene?

No le respondió directamente. Lo que dijo fue:

–Tú querías compensarme por lo del perro y yo te

he sugerido el modo de hacerlo. Si no es de tu agrado, está bien.

«¿Que no es de mi agrado?». Pues claro que lo era. El tipo de mujer que acudía a Templegate sólo vestía Versace o Gabana o Armani. Los zapatos con los que cubría sus pies costarían varios meses del sueldo de ella. Pero pasar la noche en compañía de ese extraño que divertiría a otros extraños sería una tortura. Para empezar, tendría miedo de decir o de hacer algo incorrecto, ¿y si se encontraba con un grupo de estirados, distantes o simplemente poco comunicativos?

Echó un vistazo rápido al parque, que estaba bañado por la luz de junio, como si eso fuera a ayudarla, antes de volver a cruzar sus ojos con la mirada azul de él.

–Está bien –se oyó decir a sí misma incrédula–. Si eso es lo que quiere, está bien, aunque preferiría pagarle el teléfono y zanjar este asunto.

–No es la aceptación más cortés a cenar que he oído –él parecía seguir divirtiéndose; metió la mano en el maletín y sacó una tarjeta dorada, que le entregó.

Cory la miró esperando ver una tarjeta de visita corriente, pero sólo ponía su nombre y cuatro números de teléfono.

–Olvide el primer número. Es de mi casa en Barnstaple –dijo él con un toque de impaciencia–. El segundo es de mi piso de Londres y el tercero la línea privada del despacho. Como bien sabrá, el número del móvil es poco importante ahora.

Sus hirientes ojos azules enfocaron a Rufus un instante y el gran perro se giró con aire de culpabilidad a los pies de ella. Nick hizo una mueca con la boca y miró el reloj de oro que llevaba en la muñeca, frunció el ceño y dijo con impaciencia:

–Llego tarde a una reunión importante, señorita James. Llámeme al piso después de las seis para darme

su dirección, o al número de mi despacho si quiere hablar conmigo antes. He reservado mesa para las ocho y media, pero nos reuniremos en el bar a las ocho. Me gustaría llegar al club antes de las siete y media. ¿Le parece bien?

Los ojos azules barrieron su cara una vez más e inexplicablemente su pulso se aceleró. Consiguió afirmar con la cabeza a la vez que respiró profundamente.

–Escuche. Sólo soy una chica normal y trabajadora –dijo sin aliento–. Si le soy sincera, no estoy acostumbrada a lugares como el Templegate. Si encuentra a alguien más adecuada para esta noche, por favor no dude en decírmelo cuando lo llame. Lo entenderé.

Nick se disponía a marcharse, pero se giró para mirarla. La miró de arriba abajo, como si la valorara. Su expresión no cambió y tampoco su tono de voz cuando le dijo:

–No voy a cambiar de opinión, señorita James. Adiós.

«¡Vaya!». A Cory le ardía la cara mientras lo miraba andar con sus largas zancadas, que pronto le llevaron muy lejos. La había mirado como si ella fuera una especie de caballo que estaba a punto de comprar.

Se quedó de pie en el sitio un poco más hasta que un aullido a sus pies la hizo volver de la vorágine de sus pensamientos. Miró a Rufus y notó que tenía la caradura de quejarse por la inactividad.

–No empieces –le advirtió con fiereza–. Todo esto es culpa tuya.

El perro movió las orejas antes de ponerse en marcha y empezar a tirar de la correa. Empezó a mover su hocico cuando vio pasar a una preciosa collie con un lazo rosa que le mantenía el pelo fuera de los ojos y se cruzó insinuante moviendo el trasero.

–Si por mí fuera, te harían una pequeña operación –gruñó Cory antes de volver a alzar la vista a la dis-

tancia. Él se había desvanecido. Colocó su mano a modo de visera sobre los ojos para ver a través de la luz del sol, pero después de un minuto o dos tuvo que aceptar que él había desaparecido de su vista.

Todo encajaba dentro del panorama de un sábado normal; había niños, gente montando en monopatín, familias paseando, parejas tumbadas en el césped tomando el sol o leyendo, personas paseando a sus perros, grupos de adolescentes jugando al fútbol o al críquet o lanzando Frisbees, pero de repente se sintió ajena a todo aquello. Una ajetreada persecución por el parque había dado paso inesperadamente a algo extraordinario y ahora que él se había marchado, ella tenía tiempo de pensar en lo que había ocurrido y sentía que la invadía el pánico con fuerza.

Debía estar loca, completamente loca, para haber aceptado acompañarlo al Templegate aquella noche. No sólo acompañarle, sino acceder a ser la anfitriona de un grupo de personas a las que no había visto en su vida. ¿Por qué no le había dicho que no? ¿Por qué no había aprovechado la escapatoria que él le había ofrecido? ¿Qué rayos la había impulsado a aceptar una proposición tan ridícula?

Intentó borrar de su memoria la imagen del hombre apuesto y con un cuerpo escultural. Mientras continuaba su paseo por el parque, se dijo con firmeza que él no era su tipo. A ella no le interesaba Nick Morgan ni lo más mínimo. Eso habría sido una locura en sí misma. De todos modos, él ya tenía una novia y lo último que ella quería ahora era una relación de ningún tipo. No, ella simplemente quería compensarle por lo que había sucedido, nada más.

Miró a Rufus, que caminaba felizmente a su lado, y gruñó interiormente: «¿Por qué le he quitado la correa?».

Su tía Joan había sido muy clara y ella había igno-